

## FORJADORES DE MEXICO

(Continuación)

POR

NEMESIO RODRÍGUEZ LOIS

### VII. El renacer de España en México.

Gracias a los apostólicos afanes de miles de santos misioneros, como los nueve cuyas semblanzas acabamos de presentar de modo tan somero, fue posible que en unos cuantos años se integrara una nueva nación.

Y es así como en lo que fuera el valle de Anahuac y reinos circunvecinos se forja una patria y se da el prodigio de que la España católica se trasplante al México guadalupano y aquí se produzca un admirable renacer.

Cuando en los textos de historia oficial se estudia la evolución del pueblo mexicano se suele hablar, con amplitud y exageración, de las culturas precortesianas con detalle y marcado antiespañolismo de la conquista; se habla luego, brevemente, de la época colonial y, otra vez, se vuelve a narrar con lujo de detalles y apasionamientos tendenciosos las luchas de independencia, reforma y revolución.

En cambio, esos tres siglos, durante los cuales se forjó y consolidó la nación mexicana son vistos con desdén, se pasa por ellos como quien pasa pisando ascuas ardientes y para nada se analizan trescientos años que fueron el fundamento del México que hoy conocemos.

Por eso es que le asiste toda la razón a Carlos Pereyra cuando nos dice que, «la vida colonial es otra galería subterránea en la que desembocan numerosos túneles mal alumbrados. La

organización virreinal y la magistratura, las instituciones económicas y las eclesiásticas, la beneficencia, la pedagogía, las misiones, la ciencia, el arte y las letras, si se profundizan con el ahínco del investigador honrado, no dejarán mucho margen para el simplicismo declamatorio y, sin embargo, en centenares de libros popularizadores, México pasa de las glorias precortesianas a las luchas de la libertad, saltando sobre los tres siglos de ignominia» (69).

Qué equivocados viven quienes menosprecian la que, precisamente, fue la época más brillante en la historia de la nación mexicana.

Es necesario purificar nuestra historia, limpiarla de mentiras y de calumnias y reivindicar la figura, ejemplo y buenas obras de personajes insignes a quienes México les debe todo.

Ese no es sólo un deber elemental de justicia, sino de propia supervivencia, ya que un pueblo que no sabe honrar las hazañas de los remotos antepasados jamás podrá hacer algo que sea digno de honra por sus remotos descendientes.

«Un pueblo sin historia sería semejante a un hijo expósito que, ignorando quiénes fueron sus progenitores y careciendo de apellido y de familia, se encontrara deprimido en la sociedad sin recibir la educación tradicional que se transmite de abuelos a nietos, con el ejemplo y su consejo, que forman, a veces, el único caudal moral de una persona...

»La civilización de la sociedad mexicana no desciende de aquellos antiguos indios bárbaros de los que no habría nada de cultura que imitar, sino de España que la formó y educó, dejándole, como uno de tantos legados, el ejemplo de un acendrado amor a la patria. Así, pues, la historia de España es también nuestra historia, y las glorias de Viriato; de Alfonso I, el Católico; de Alfonso, el Sabio; de Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno; de doña Isabel, la Católica; del cardenal Jiménez de Cisneros; de Carlos V; de don Juan de Austria; de Daofz y Velar-

---

(69) *México falsificado*, Editorial Polis, 1.ª edic., México, 1949, página 22.

de, y de otros más, nos pertenecen y debemos excederles o imitarlos cuando menos» (70).

Una nación la integran sus hombres, y cuando éstos son ilustres, ni duda cabe que el brillo de la gloria se extiende hasta el confín más alejado de la patria.

A México llega, en 1539, la primera imprenta, invento que a las Colonias Inglesas (hoy Estados Unidos) llegó un siglo después.

En 1551 se funda en México la Universidad, la cual —junto con la de Lima, fundada en el mismo año— fue la primera de América. El «Harvard College» se fundó en las colonias inglesas en 1636, escuela donde sólo se enseñaba a leer, escribir y contar.

Esto es importante por la siguiente razón: las Universidades requieren de colegios mayores y éstos, a su vez, piden la existencia de escuelas de primeras letras.

Es decir, que las Universidades no pueden existir sino como coronamiento de una amplia obra educativa. La Universidad es el vértice de la pirámide, en cuya base se encuentran los colegios de primera enseñanza.

Monseñor Francis Clement Kelley nos dice que, «estaba México tan lleno de escuelas y colegios mayores antes de las confiscaciones —escuelas y colegios para niños y niñas, de labores manuales, de artes y oficios de todas clases— que bien se justifica esta declaración arrasadora como fin del presente capítulo: hasta ese día, jamás hubo sobre la faz de la tierra país alguno que, en tiempo tan corto, hubiese realizado tanto en favor de la educación» (71).

En lo que a cultura artística se refiere, don José Elguero nos dice que «las artes y las letras florecieron en Nueva España, desde fines del siglo XVI y principios del XVII, hasta los últimos días del régimen virreinal».

(70) Antonio Gibaja y Patrón, *Comentario a las revoluciones sociales de México*, Editorial Tradición, 2.ª edic., México, 1973, tomo I, pág. 108.

(71) *México, el país de los altares ensangrentados* (traductor: Guillermo Prieto-Yeme), Editorial Polis, 1.ª edic., México, 1939, pág. 96.

«Cerca de cinco mil iglesias se construyeron en Nueva España, que no sólo fueron y son todavía testimonios vivos de la fe, sino también centros de población y focos de cultura. En torno del templo agrupábase el pueblo; la afluencia de los fieles atraía a los comerciantes y, a poco, edificábase el villorrio, la villa y la ciudad. Cosa semejante sucedía en las minas y, éstas y las iglesias poblaron el territorio de agrupaciones humanas que vivían bajo techos, progresaban materialmente y aveníanse, al fin, a las prácticas y usos de la civilización» (72).

En el siglo xvii la Nueva España ocupó un lugar distinguido entre las naciones del viejo mundo y, con toda seguridad, el primero entre las naciones de América.

Muchos mexicanos brillaron en Europa, no en segundo lugar, sino al mismo nivel y en ocasiones mejor que los miembros europeos.

En la época en que destacan grandes luminarias, como don Carlos Sigüenza y Góngora —poeta, filósofo, historiador, anticuario, crítico, matemático y astrónomo—; Sor Juana Inés de la Cruz —una de las glorias imperecederas de la Nueva España—; Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza —uno de los poetas más notables no sólo de México sino de todo el mundo civilizado—; Fray Antonio de Monroy e Híjar —dominicano nacido en Querétano, a quien le cupo la gloria de ser arzobispo de Santiago de Compostela—, etc.

En el campo de la pintura destacan Miguel Cabrera —cuyo arte está a un nivel igual o superior de los mejores pintores del barroco europeo—, Baltasar de Echave, Simón Pereins, etc.

Las pinturas de esa época se caracterizan por la suavidad y blandura que parecen inspiradas por el ambiente dulce y tranquilo que se respira en el país.

Como bien nos dice Jorge López Moctezuma, S. J.: «Conquistadores y misioneros, durante el siglo xvi, van a echar una especie de red de cultura europea sobre la cultura indígena pre-

---

(72) *España en los destinos de México*, Editorial Jus, 3.ª edic., México, 1962, págs. 39 y 40.

existente y, poco a poco, ambas culturas se irán incluyendo mutuamente. Advertimos en México un fenómeno que no se encuentra en América del Sur, y consiste en la presencia de los maravillosos conventos del siglo XVI, grandes, espaciosos, bellos, testimonio de una Iglesia audaz y apostólica que logró formar comunidades indígenas, abiertas a un cristianismo nuevo que celebraba ante las capillas abiertas el culto divino en lengua nahuatl.

«Ahora bien, a pesar de molestos retrocesos, la compenetración de ambas culturas continúa y se extiende hasta el siglo XVII. Este va a ser fundamental en México, pues en él se lleva a cabo la fusión definitiva de las dos culturas y brota, como una preciosa flor, la cúpula poblana, primer testimonio inequívoco de la cultura recién nacida. La cúpula poblana ya no es una simple copia de modelos españoles, tampoco es una construcción indígena, es un producto del mestizaje cultural realizado en nuestro suelo.

«Esta sólida fusión de culturas nos va a dar una cultura nueva, rica y variada, pero algo limitada en su expresión» (73).

Expertos en temas artísticos mexicanos se muestran de acuerdo al afirmar que uno de los ejemplos más perfectos de la síntesis cultural mexicana —cristianización del arte pagano, le llamaríamos nosotros— es la iglesia de Tonanzintla, en el Estado de Puebla.

La Iglesia de Tonanzintla no es ni indígena ni española, es mexicana. Ciertamente la hicieron los indios, pero ya esos indios que la construyeron estaban impregnados por el humanismo cristiano que les habían infundido un Pedro de Gante, un Vasco de Quiroga o un Fray Juan de Zumárraga.

Lo mismo podríamos decir de la maravillosa cruz que se encuentra en el atrio del convento de Acolman. Ciertamente es el símbolo máximo del cristianismo, pero ese símbolo, al ser esculpido por manos indígenas, recibió la aportación que éstos quisieron darle.

Cristianización del arte indígena. Síntesis sublime que cons-

---

(73) Artículo publicado en la *Revista Jurídica*, núm. 3, julio de 1971.

tituye la prueba más palpable de que la Fe de Cristo había calado hasta lo más profundo del alma de estos pueblos.

Y fue así cómo el indio humilde y manso que se había librado de morir en la piedra de sacrificios, aceptó la doctrina de amor que le trajeron santos misioneros, adoptó la civilización occidental y, en el momento de crear una obra de arte, lo hizo con un estilo muy peculiar.

La espiritualidad flotaba en el ambiente. Ni duda cabe que la antigua España se había transplantado al Nuevo Mundo y renacía en México con especiales características.

«Los templos eran, naturalmente, no sólo el centro material y espiritual del pueblo, sino, en cuanto se podía, 'el orgullo local'. Muchos fueron emplazados sobre los derruidos teocalis, como en Tlaxcala, Huejotzingo, Cholula y Huexotla. Tenían grandes atrios laterales y capillas exteriores para poder alojar los grandes concursos en los domingos y fiestas. Entre todos, los agustinos procuraron suntuosidad, como lo revelan Acolman, E. de Mex., Actopan, Hgo. y Yutiria, Gto.

»Para que los indios gustasen de la pureza y elevación del cristianismo, se procuraba rodear al culto divino de grande majestad y esplendor, al que contribuían las orquestas, los cantores, las procesiones y, fuera del templo, las danzas. Un 'teatro religioso', de autos y coloquios, completaba las fiestas, dando la enseñanza en el mismo divertimento».

\* \* \*

«Los pueblos fundados por los frailes eran, pues, un foco de civilización para los indios, en el que aprendían a vestirse y comer mejor, a vivir en común, 'prestándose el socorro que deben dar unos hombres a otros' y a tener una manera honesta y suficiente de qué sustentarse» (74).

Por su parte, el profesor Celerino Salmerón, nos dice que

---

(74) José Bravo Ugarte, S. J., *Historia de México*, Editorial Jus, 5.<sup>a</sup> edición, México, 1970, tomo II, págs. 146 y 147.

«las hermosísimas catedrales de la ciudad de México, de Puebla, Guadalajara, Morelia, Zacatecas, Querétaro, León, Oajaca y San Luis Potosí son muestra sublime de lo que España imprimió en México. Hermosísimos templos son los de Taxco, en el Estado de Guerrero; Tepotzotlán, en el Estado de México; Santo Domingo, en el Estado de Oajaca. ¡En México, oír hablar la lengua castellana, vivir la fe católica y contemplar sus monumentos arquitectónicos coloniales es oír a España, contemplar su alma civilizadora y verse siempre en el terso y claro espejo de la España inmortal!» (76).

Y va a ser precisamente en un clima de acendrado misticismo cuando un agustino mexicano, Fray Miguel de Guevara, escriba un precioso soneto que constituye el más emotivo y sincero acto de contrición que jamás se haya escrito: «No me mueve mi Dios para quererte».

Al respecto se han suscitado acaloradas discusiones, ya que hay quienes lo atribuyen a Santa Teresa, a San Francisco Javier, a San Juan de la Cruz o lo consideran anónimo.

La verdad es que el autor fue un mexicano, Fray Miguel de Guevara, quien se cree que lo escribió en la primera mitad del siglo XVII.

México —la Nueva España del mar océano— daba ya brillantes frutos en el campo espiritual y sus virtuosos sacerdotes, nacidos en México, se colocaban a la altura de los mejores místicos españoles.

Otro personaje digno de especial mención es el sacerdote Bernardo de Balbuena, a quien —a pesar de haber nacido en Valdepeñas (España) en 1562— se le considera espiritualmente criollo por su gran identificación con la patria mexicana a la cual dedicó lo mejor de su obra.

La obra principal de Bernardo de Balbuena es un hermoso poema descriptivo de la ciudad de México, titulado «Grandeza mexicana»; poema que consta de ocho capítulos, que abarcan

---

(75) Artículo publicado en la *Revista Iglesia-Mundo*, octubre de 1982, segunda quincena.

todos sus aspectos: su clima, sus hermosas construcciones —orgullo de América—; sus floridos jardines, sus habitantes, las artes, las fiestas y las danzas.

Cuando la muy noble y leal ciudad de México veía surgir sobre su pantanoso suelo una grandiosa catedral, suntuosos palacios y bellísimas iglesias, surgía también un poeta que, con amor y admiración, le cantaba a la metrópoli más importante del Nuevo Mundo.

Al decir de don Marcelino Menéndez y Pelayo, Bernardo de Balbuena es el primer poeta genuinamente americano en su producción, ya que fue el que con más entusiasmo y veneración le cantó a la naciente patria mexicana.

Este personaje constituye el primer caso de trasplante humano, de asimilación total por parte del inmigrado, con la patria que lo recibe.

Era la época en que no existían esas absurdas fronteras artificiales, creadas, bien por la ambición napoleónica o bien por el imperialismo yanqui, que hoy dividen a los pueblos de Iberoamérica; era la época en que todos los habitantes del mundo hispánico se veían como hermanos, tanto en las provincias del Río de la Plata, como en Filipinas o en la Nueva España.

No existían fronteras. Existía la unión basada en la religión, en el idioma y en el sentido trascendente de la vida.

Para que nuestros lectores juzguen por sí mismos y aquilaten el valor de esta joya literaria que con tanto amor y vehemencia describe la grandeza de nuestra patria, citamos a continuación unos cuantos versos:

«México al mundo por igual divide,  
y como a un sol la tierra se le inclina  
y en toda ella parece que preside.

»Con el Pirú, el Maluco y con la China,  
el persa de nación, el scita, el moro,  
y otra si hay más remota o más vecina;



»con Francia, con Italia y su tesoro,  
con Egipto, el gran Cairo y la Suría,  
la Taprovana y Quersoneso de oro,

»con España, Alemania, Berbería,  
Asia, Etiopía, Africa, Guinea,  
Bretaña, Grecia, Flandes y Turquía;

»con todos se contrata y se cartea;  
y a sus tiendas, bodegas y almacenes  
lo mejor destos mundos acarrea.

»Libre del fiero Marte y sus vaivenes  
en vida de regalo y paz dichosa,  
hecha está un cielo de mortales bienes  
ciudad ilustre, rica y populosa» (76).

### VIII. El tejedor de calumnias.

Siempre que se habla de la obra civilizadora de la Lglesia católica en Iberoamérica es muy común que entre los grandes benefactores de estos pueb.os se incluya el nombre del dominico Fray Bartolomé de Las Casas.

Se realza de tal modo la figura del dominico sevillano que, en ocasiones, se llega a opacar a figuras de gran valía, como las de un Pedro de Gante o un Vasco de Quiroga.

Hablemos, pues, brevemente de este personaje.

Fray Bartolomé de Las Casas nace en Sevilla, en 1474. Siendo ya clérigo viajó a América y en la Isla la Española ejerce el oficio de doctrinero.

Allí pudo ver los excesos que algunos encomenderos cometían en contra de los aborígenes. Esto le indigna, renuncia a su repartimiento y, a partir de entonces, se dedica a recorrer medio

(76) *Grandeza mexicana*, Editorial Porrúa, 2.ª edic., México, 1975, pág. 79.

mundo hablando en contra de los abusos que se cometían con los indios.

Fray Bartolomé habla y escribe. Su obra principal es la «Brevisima relación de la destrucción de las Indias», en la cual vuelca toda su pasión en favor de la causa que defiende.

Le designan Obispo de Chiapas, a donde llega en 1545. Permanece allí poco tiempo y sigue trotando mundos, hasta que fallece en Madrid un 18 de julio de 1566.

Para poder aquilatar en su exacta dimensión la obra del Padre Las Casas, conviene acudir a historiadores cultos y sensatos que hablan con fundamento de causa y no movidos por el apasionamiento.

Uno de estos historiadores que ha estudiado a fondo la obra de Fray Bartolomé es nada menos, que don Ramón Menéndez Pidal quien, antes de entrar en el tema, nos explica lo siguiente:

«Yo tengo a gran fortuna no haberme enfrentado de primeras con Las Casas solo, sino en comparación con otros contemporáneos; no sufrí el fascinador encanto de la alabanciosa sirena, porque llevaba taponados mis oídos con los esmerados raciocinios de Fray Francisco de Vitoria y con los relatos soldadescos de Bernal Díaz del Castillo; entonces Las Casas, al lado de los grandes teólogos se achica extraordinariamente y, al lado de los conquistadores honorables, rezuma odio sañudo y exageración falsaria» (77).

Consideramos que el Padre Las Casas, durante toda su vida, tuvo una obsesión de la cual no se pudo librar ni en el momento de su muerte: para el dominico sevillano los indios son unos ángeles, en tanto que los españoles son unos demonios.

Y, al situarse en un maniqueísmo tan absurdo, Fray Bartolomé se cierra a todo argumento razonable y, posesionado por tan enfermiza idea, se dedica a viajar, escribir y predicar.

La obsesión le dominaba al igual que una droga a un vicioso y —a toda costa— quería hacer prevalecer su insensata opinión:

---

(77) *El Padre Las Casas*, Editorial Espasa-Calpe, 1.ª edic., Madrid, 1963, pág. x.

la crueldad de los españoles era un atroz martirio sobre los inermes aborígenes del Nuevo Mundo.

Fue así que escribió su citada obra, «Brevísima historia de la destrucción de las Indias», en la cual se despacha a gusto atacando a España, al rey, al sistema jurídico hispano y a los españoles residentes en América.

Y, para dar mayor énfasis a sus argumentos, recurre a un procedimiento que convierte a su libro en una obra de nulo valor histórico: el Padre Las Casas exagera de una manera francamente increíble los acontecimientos, y esto nos hace pensar seriamente que dicho clérigo era un infeliz perturbado de sus facultades mentales. Veamos algunos ejemplos de sus exageraciones:

— Al hablar de la Isla Española o Santo Domingo, nos dice que corren por allí treinta mil ríos y arroyos, doce de los cuales son tan grandes como el Duero, Ebro y Guadalquivir, y veinticinco mil de ellos son riquísimos en oro.

Viendo las cosas en su real proporción, observamos que en dicha isla solamente hay dos ríos principales, cuyo curso tiene la mitad o la tercera parte de largo que los tres ríos españoles mencionados.

— Cuando se refiere a la «maldad de los españoles», Las Casas nos dice que los indios muertos por los conquistadores suman muchos más de veinticuatro millones.

Hay que hacer notar que si dicha afirmación fuese correcta, actualmente no existiría ni un solo indígena en Iberoamérica, ya que el exterminio habría sido total.

Esto nos presenta al Padre Las Casas como un mentiroso redomado. Ante esto, ¿Puede ser digna de crédito su obra?

Pero dejemos a un lado el escaso o nulo valor histórico de su obra y analicemos si —a pesar de todo— el inquieto dominico actuó en realidad como un santo apóstol en favor de los oprimidos indígenas.

En la conducta de Fray Bartolomé existen dos gravísimas incongruencias que nos hacen ver cómo el ardiente celo del do-

minico no estaba movido por el amor al humilde, sino, más bien, por un afán agoísta de gloria y propaganda.

1. Cuando Fray Bartolomé se desplaza a través de la Nueva España, llevaba consigo dos o tres docenas de indios cargados con pesados equipajes y sin pagarles absolutamente nada. En cambio, otros viajeros usaban tres o cuatro indios a los que tenían bien retribuidos.

Aquí, Las Casas violaba flagrantemente la Ley Nueva 24, la cual prescribía que no se cargase a los indios salvo en algunas partes donde sea indispensable y nunca contra su voluntad.

¿Dónde quedó, pues, el acendrado amor de Fray Bartolomé hacia los indios?

2. Las Casas no vaciló en recomendar que se trajesen al Nuevo Mundo negros cazados a lazo en las costas del Africa occidental. Debido a esta recomendación muy pronto llegaron miles de negros en calidad de esclavos, los cuales se establecieron en la zona del Caribe y fueron cruelmente explotados.

Si Fray Bartolomé amaba tanto a los desvalidos... ¿Acaso los infelices negros no eran también hijos de Dios?

Las difamaciones, calumnias y exageraciones de Fray Bartolomé hicieron que un humilde misionero, de quien ya hemos hablado —Fray Toribio Motolinía—, le escribiese una carta al emperador Carlos V, en la cual rebatía y desenmascaraba al dominico sevillano.

Nos habla Fray Toribio de cómo se realizó la conquista de México, de la conducta que aquí siguieron los españoles, de los primeros pasos que se dieron en el terreno de la evangelización, de la figura de don Hernán Cortés y habla también del poco celo misionero de Fray Bartolomé de Las Casas.

Hablando del caso de un indio que había venido caminando durante cuatro días para suplicar el bautismo, nos dice Fray Toribio la actitud que tomó el Padre Las Casas. Citamos textualmente:

«Entonces yo, con otros frailes, rogamos mucho al de Las Casas que bautizase aquel indio, porque venía de lejos, y después de muchos ruegos demandó muchas condiciones de apa-

rejos para el bautismo, como si él solo supiera más que todos, y ciertamente aquel indio estaba bien aparejado. Y ya que dijo que lo bautizaría, vistióse una sobrepelliza con su estola, y fuimos con él tres o cuatro religiosos a la puerta de la iglesia donde el indio estaba de rodillas, y no sé que achaque se tomó, que no quiso bautizar al indio, y dejónos y fuese. Yo entonces dije de Las Casas: ¡cómo!, Padre, ¿todos vuestros celos y amor que decís que tenéis a los indios, se acaba en traerlos cargados y andar escribiendo vidas de españoles y fatigando a los indios, que sólo vuestra caridad traéis cargados más indios que treinta frailes. Y pues un indio no bautizáis ni doctrináis, bien sería que pagaseis a cuantos traéis cargados y fatigados?» (78).

Pero, como atinadamente nos dice Alfonso Trueba: «Las Casas tiene una estatua en la ciudad de México; Motolinía no tiene ninguna. Esto es explicable. A Las Casas se le honra no porque defendió a los indios, sino porque difamó a España y sirvió a los enemigos del catolicismo» (79).

Efectivamente, las exageraciones e incongruencias de Fray Bartolomé hubieran pasado sin pena ni gloria de no ser porque los enemigos de España y de la Iglesia se basaron en sus afirmaciones para crear lo que conocemos como «leyenda negra».

A fines del siglo XVI, «la destrucción de las Indias» gozó de gran fama en Europa: desde la Unión de Utrecht, en 1579 —alianza de los protestantes contra España—, hasta el final de la Guerra de los Treinta Años (1648) se hicieron treinta y tres ediciones de dicha obra.

Con tal propaganda lo que se perseguía era fomentar el odio a España y al catolicismo.

Como bien nos dice Julián Juderías: «Europa se había enterado, en efecto, gracias al celo del Padre Las Casas y a sus bien intencionadas exageraciones, de que los españoles no solamente eran crueles y despidados con los herejes de Europa, sino

(78) *Carta al emperador*, Editorial Jus, 1.ª edic., México, 1949, página 61.

(79) *Doce antorchas*, Editorial Jus, 3.ª edic., México, 1975, páginas 110 y 101.

que, llevando al Nuevo Mundo sus prácticas habituales, destruían a los pobladores de aquellas regiones, mansos corderos, so color de evangelizarles, pero en realidad para apoderarse de sus tesoros. La semilla cayó en un surco preparado para recibirla y la planta brotó lozana y espléndida: los mismos que mandaban a sus piratas a América para destruir nuestros establecimientos, escribieron terribles embustes acerca de la crueldad de los españoles, y los que no supieron fundar en aquellas comarcas ninguna colonia estable hasta un siglo después de nuestra llegada al Nuevo Mundo, y cuando ya habíamos llevado a él todos los adelantos de la época, incluyendo la imprenta, se horrorizaron de que hubiéramos tenido que luchar con los caribes, mansos corderos, y con los demás pueblos que se opusieron, como era natural, a que los civilizásemos» (80).

Al tratar este punto, acertadamente nos dice Menéndez Pidal: «Las Casas, sin esta función de su libro, verdadero despertador e incitador de odios antihispanos, no hubiera sido más que uno de tantos historiadores de Indias. Nació a la luz de la fama matando la fama de la patria, como el vivorezno que al nacer desgarrar las entrañas de la madre. El mayor enemigo de España no podía haber soñado un libro más a su propio gusto» (81).

Los enemigos de España y del catolicismo supieron aprovechar a las mil maravillas la obra de este tejedor de calumnias. La propagaron por millares e inundaron los mercados de una Inglaterra anglicana y de una Europa protestante.

En el siglo XIX, cuando en el mundo entero surge una vigorosa reacción contra el colonianismo, observamos un hecho singular: todas las baterías del odio y de la intriga se concentran contra España y contra la Iglesia, en tanto que se olvida —o do-

---

(80) *La leyenda negra*, Editora Nacional, 15.ª edic., Madrid, 1967, página 233.

(81) *El Padre Las Casas y Vitoria*, Editorial Espasa-Calpe, 1.ª edic., Madrid, 1958, pág. 38.

lorosamente se pasa por alto— que, por ejemplo, la colonización inglesa en Norteamérica fue cien veces más cruel que la española.

Menos mal que existen autores norteamericanos que no se dejan llevar por la propaganda tendenciosa y que se adhieren con fidelidad a la verdad histórica. Uno de ellos es Carlos F. Lummis quien, al comentar este punto, nos dice lo siguiente:

«Algunas historias que han perdurado pintan a esa heroica nación como cruel para los indios; pero la verdad es que la conducta de España en este particular debiera avergonzarnos. La legislación española referente a los indios de todas partes era incomparablemente más extensa, más comprensiva, más sistemática, y más humanitaria que la de la Gran Bretaña, la de las colonias y la de los Estados Unidos todas juntas. Aquellos primeros maestros enseñaron la lengua española y la religión cristiana a mil indígenas por cada uno de los que nosotros aleccionamos en idioma y religión. Ha habido en América escuelas españolas para indios desde el año 1524» (82).

Pero, infortunadamente, la leyenda negra se propagó como mancha de petróleo en un lago tranquilo. Al mismo tiempo la masonería sembraba la cizaña por doquier presentando a Las Casas como un héroe ya la España católica como una inhumana opresora.

El infeliz fraile —quizás sin proponérselo— había causado un mal irreparable que aún hoy en día perdura y que es causa de un odio irracional contra España así como de un anticlericalismo trasnochado.

Posiblemente habrá gentes que piensen que —a pesar de sus exageraciones— Fray Bartolomé logró remedir la triste situación del indio.

Están equivocados: el resultado de las campañas del Padre Las Casas, por una parte, sólo sirvió para enconar los ánimos

---

(82) *Los exploradores españoles del siglo XVI* (traductor: Arturo Cuyás), Editorial Espasa-Calpe Argentina, 1.ª edic., Buenos Aires, 1945, página 50.

y, por la otra, dio por consecuencia que se expidieran una serie de leyes que vinieron a estorbar la tarea civilizadora del indio y que —a la postre— tuvieron que ser derogadas por inaplicables.

Asimismo Fray Bartolomé nunca aprendió las lenguas de los indios ni se ocupó jamás en obras de evangelización, ni fundó hospitales para curarlos, pueblos para civilizarlos, ni escuelas para enseñarlos a leer.

El Padre Las Casas actuó como un verdadero agitador social en pleno siglo XVI.

Si hubiera vivido en nuestra época sería un compañero de lucha de elementos como Méndez Arceo, ex-obispo de Cuernavaca; de Samuel Ruiz, obispo de San Cristóbal, de Arturo Lona, obispo de Tehuantepec; de Leónidas Proaño, obispo de Riobamba; de Helder Cámara, obispo de Recife; y de otros más que en vez de apacentar el rebaño de Cristo lo que hacen es sembrar odios y abrir las puertas para que lobos rapaces entren al redil.

Como dato curioso haremos resaltar lo siguiente: la obra de Fray Bartolomé fue más demagógica que apostólica; defendió a los pobres más con palabras que con hechos; y fue su figura aprovechada para sembrar odios y divisiones. Y, según nos cuenta Motolinía, cuando un humilde indio —de esos que Fray Bartolomé decía defender— le pidió el bautismo, el dominico se lo negó.

Pues bien, de igual manera se comportó —por ejemplo—, el camarada Méndez Arceo quien durante su triste gestión como obispo de Cuernavaca fue más demagogo que apóstol; defendió a los pobres más con palabras que con hechos; y fue su figura controvertida aprovechada para sembrar odios y divisiones en el seno de la Iglesia.

Todos recordamos cómo —a principios de 1581— Méndez Arceo tuvo un serio problema laboral con el anciano campanero de su catedral, a quien el obispo le retenía el salario ... ¿Dónde estaba el amor de don Sergio por los humildes?

De igual modo actúan todos aquellos obispos, monjas y clérigos progresistas que toman al pobre por bandera pero lo único



que provocan con su conducta es atizar el fuego de la hoguera y utilizar a esos pobres que ellos dicen defender como carne de cañón.

Volviendo al Padre Las Casas. Qué distinta fue la actitud de otros frailes que sí amaron de verdad a los indios y que, para protegerlos, no recurrieron ni a exageraciones ni a calumnias.

Hoy en día se recuerdan con amor, gratitud y veneración los nombres de Fray Pedro de Gante, de Motolinía, de Fray Juan de Zumárraga, de Fray Domingo de Betanzos, de San Pedro Claver, de don Vasco de Quiroga, de los misioneros jesuitas que fueron martirizados en la Sierra de los Tepehuanes, de Fray Juan Bautista Moya, etc.

Todos ellos fueron verdaderos apóstoles y santos varones, cuya sola mención de sus nombres despierta un clamor unánime de admiración universal.

El historiador don Luis Medina Ascensio compara la labor de don Vasco y de Fray Bartolomé y al hacerlo nos da su opinión:

«Las Casas, que se proponía con verdadera obstinación que se promulgasen leyes en favor de los derechos de los indios de la América española, fue siempre la voz que tronaba en las salas de la Corte de España. Mientras que don Vasco, sin dejar de interceder por los indios, fue el realizador fecundo de benéficas obras sociales, muchas de las cuales aún subsisten (como el sistema de trueque de las artesanías de varias de las poblaciones de Michoacán).

»Si a Las Casas se le recriminó por haber favorecido la también lamentable esclavitud de los negros (por considerar más débiles a los indios americanos) o por haberse comprometido con los oligarcas de La Española, o por la publicación de su "Brevísima Relación" (con datos que él mismo conocía, muchos de ellos verdaderos), don Vasco sirvió de ejemplo para muchos obispos con ocasión del I Concilio Provincial Mexicano.

»Si la admiración y gratitud hacia Las Casas tiene aún dimensiones continentales, a don Vasco, sin que se le deje de recordar en otras partes, se le ama aún con un amor profundo que se transmite, como una herencia indefectible, de una genera-

ción a otra, muchos pueblos michoacanos. En su labios, pero más en sus corazones, suena todavía el nombre imperecedero de Tata Vasco» (83).

Otros abnegados misioneros que —sin alharacas, pero con hechos tangibles y concretos— ayudaron en realidad al indio fueron, por ejemplo, Fray Bernardino de Sahagún, Fray Alonso de la Veracruz, Fray Diego de Chávez y Fray Sebastián de Aparicio.

Mucho se habla hoy en día de las civilizaciones precortesianas y se dice que la barbarie hispanocatólica las destruyó por completo. Con esto se aplica la tesis del cristianismo-veneno que defiende Pawels y según la cual en el momento en que el catolicismo entra en contacto con una cultura la destruye.

Lo que no saben o quizás dolosamente ocultan quienes esto afirman es que si algo conocemos de la vida y costumbres de aquellos pueblos, a la Iglesia precisamente se lo debemos y, concretamente, al franciscano Bernardino de Sahagún, quien estudió a fondo la antigüedad precolombina y nos legó una obra monumental que sirve de consulta a los más exaltados indigenistas.

Su obra se titula: *Historia General de las cosas de la Nueva España* y en ella se manifiesta Sahagún como el fundador de una ciencia que hoy está de moda: la etnografía, o sea la ciencia que tiene por objeto el estudio y descripción de razas o pueblos.

El Padre Sahagún escribió esta obra por instrucciones de su superior el Padre Toral, provincial de los franciscanos, quien le prestó toda clase de auxilio y le pidió que la escribiese en nahuatl.

Martín Quirarte, historiador de tendencias liberales y nada simpatizante de la Iglesia católica, al tratar esta obra investigadora de los misioneros se ve obligado a reconocer lo siguiente:

«Los misioneros estudiaron la cultura, la historia, las costumbres, los dialectos de los indígenas no por una afán científico, sino con propósitos más nobles. Querían conocer la psicología

---

(83) *Las Casas y don Vasco, dos actitudes humanas*, Editorial «Buena Prensa», 1.ª edic., México, 1983, pág. 18.

de los nativos para facilitar la predicación del cristianismo. En múltiples ocasiones con menor o con mayor celo hicieron frente a los conquistadores para impedir que atropellaran los derechos de los vencidos o los privasen de su libertad» (84).

Así, pues, decir que los frailes destruyeron por completo la civilización indígena no es más que un mito; por el contrario, si algo sabemos de aquellos pueblos, a los frailes se lo debemos.

Como dato digno de recordarse, diremos que el famoso «Popol Vuh» que nos habla de la civilización maya lo debemos a las investigaciones y al celo mostrados por el dominico Francisco Jiménez.

Lo que los frailes y conquistadores destruyeron hasta arrasarlos por completo fueron los templos donde se sacrificaban seres humanos y donde se rendía un culto satánico o deidades antropófagas. Eso más que un acto de barbarie fue un acto de liberación para estos infelices que vivían temiendo que de un momento a otro fuesen a dar a la piedra de los sacrificios y que el pederal de un topiltzin les arrancase el corazón.

Otro fraile que mucho hizo por difundir la cultura en la Nueva España fue el agustino Fray Alonso de la Veracruz quien se trajo todos sus libros y fundó en México las primeras bibliotecas públicas de que se tiene noticia.

También es digna de realce la obra del agustino Fray Diego de Chávez quien, en pleno Bajío, edificó el bellissimo convento de Yuriria y a quien se debe la construcción de la enorme laguna del mismo nombre con la que se abastece de agua potable y de regadío a toda aquella región.

Consideramos que Bernardino de Sahagún, Alonso de la Veracruz y Diego de Chávez hicieron más por el indio, prestándole servicios y civilizándole que todo lo que pudiera haber hecho Fray Bartolomé dando gritos, calumniando y recorriendo medio mundo.

Por otra parte, para nadie es un secreto que el Padre Las Ca-

---

(84) *Visión panorámica de la Historia de México*, Editorial Libros de México, 4.ª edic., México, 1974, pág. 14.

sas no fue capaz de permanecer en su diócesis ni siquiera seis meses; la dejó abandonada, pues le interesaba más andar difamando e intrigando que dedicarse de lleno a los sacrificios que suponen la evangelización firme y constante.

Otro personaje digno de recordar es el famoso Padre Francisco de Tembleque quien, para abastecer de agua potable a las comunidades indígenas de los alrededores de Otumba, construyó un acueducto de 48 millas de longitud que aún hoy en día es una de las maravillas de México.

Ardua labor que le llevó diecisiete años de trabajo y que supuso cruzar tres profundos barrancos. Pero logró su objetivo: los humildes indios de los alrededores ya no pasarían sed ni estarían expuestos a infecciones. El buen Padre Tembleque les había traído, junto con el Evangelio, el preciado líquido que tanto necesitaban.

Y ya que hablamos de misioneros que fueron también benefactores sociales sin necesidad de andar en intrigas palaciegas y difundiendo embustes, hablaremos ahora de un santo varón, cuyo cuerpo incorrupto aún se conserva y que está a un paso de ser canonizado.

Desde la Galicia multiverde y soñadora de donde tantos emigrantes han partido en busca de un horizonte más prometedor para sus hijos, llegó a tierras de la Nueva España un hombre honrado y trabajador que respondía al nombre de Sebastián de Aparicio.

Como tantos gallegos que hasta aquí han venido, Sebastián se dedicó a la agricultura y al acarreo de las mercancías.

En 1572, a los 70 años de edad, determina dejar todos sus bienes y consagrarse al servicio de Dios por lo cual pide el hábito en el convento de San Francisco.

Fue un verdadero apóstol de la caridad que siempre tuvo un pedazo de pan y un poco de consuelo para los indios que hasta él se acercaban.

Pero, además, fue un benefactor social ya que a él se debe la construcción del camino que une a la ciudad de México con la ciudad de Zacatecas.

Las carretas tiradas por un par de bueyes que aún en nuestros días utilizan los indios de nuestros pueblos son hijas de aquella que utilizó el bueno de Fray Sebastián de Aparicio y que —como todos sabemos— son algo típico de la lluviosa Galicia.

Entrega su alma a Dios el 25 de febrero de 1600. En vida y después de muerto obró muchos milagros, tanto así que el Papa Pío VI lo declaró Beato. Su cuerpo incorrupto se conserva en una urna de cristal que está en una capilla del templo de San Francisco de Puebla.

«Por de pronto, aquí dejamos a Sebastián de Aparicio como el acondicionador del carro europeo, es decir, el inventor de la carreta nuestra; como el primer maestro de agricultura, como el primer organizador de la ganadería, como el primer constructor de caminos, como el primer charro.

»¿Qué pedestal podemos ofrecerle que supere al que formen estos datos?

»Un mexicano ejemplar, 'sin miedo y sin tacha'. Un mexicano que nos nació en Galicia, que nos recogió por España, durante treinta y un años, toda su preparación celosamente elaborada para venir y darla aquí, a todo lo largo de una vida longeva, casi de siglo (1502-1600), siempre radiosa de enseñanzas, en siembra permanente por sus dos tercios, hasta en el instante de dar su último aliento» (85).

Al contemplar a estos héroes que son santos y que, en verdad, ofrendaron su vida por amor a sus semejantes, a quienes incorporaron a la civilización occidental y cristiana, vemos cómo personajes del estilo de un Fray Bartolomé de Las Casas más que dignos de desprecio son dignos de compasión.

Lo malo fue que los enemigos de España y de la Iglesia supieron aprovechar la obra calumniosa de este infeliz, difundirla hacia los cuatro puntos cardinales, endiosar la figura de este dominico y ocultar los méritos de quienes sí fueron apóstoles santos.

(85) Conrado Espinosa, *Fray Sebastián de Aparicio, primer caminero mexicano*, Editorial Jus, 1.ª edic., México, 1959, págs. 64 y 65.

NEMESIO RODRIGUEZ LOIS

Resultado: la leyenda negra que tantos males ha causado y sigue causando a quienes formamos parte del mundo hispánico.

En el capítulo siguiente hablaremos de la obra de un religioso —por cierto, compañero de hábito de Fray Bartolomé— quien, con hechos y no con calumnias, puso las bases para que a los habitantes del Nuevo Mundo se les reconociera la calidad de seres racionales.

*(Continuará).*